

«Cristo, verdadero hombre»: el realismo histórico de la figura de Jesús en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá

Miguel Ángel Tábet

Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Italia

Haciéndose eco del dogma y de la tradición viva de la Iglesia, el Beato Josemaría profesó una fe profunda, tierna y delicada en Cristo Salvador, verdadero Dios y verdadero Hombre¹. Amaba entrañablemente, con un amor recio y varonil, la Santísima Humanidad de Cristo². Esta fe no la expresaba meramente a nivel de reflexión teorética, aunque fuera hombre de gran preparación teológica, además de preclaro canonista. La intensa unidad de vida que atravesaba su personalidad hacía que su vivencia teológica se tradujera constantemente en una búsqueda de la santidad en la que todo se encaminaba a la gloria de Dios y al bien de las almas. En los escritos del Beato Josemaría se descubre, por este motivo, un lenguaje que, andando más allá del puramente teorético, trashuma de una teología que se interesa por el bien espiritual de cada hombre y cada mujer en las concretas vicisitudes de su existencia, también cuando hablaba en un contexto altamente académico. Él se sentía al mismo tiempo radicalmente comprometido con las palabras que pronunciaba. Desde esta perspectiva se hace necesario entender su enseñanza teológico-espiritual.

En nuestra comunicación hemos querido poner de relieve el siguiente tema: la dimensión profundamente existencial con la que el Beato Josemaría procuró conocer, contemplar e imitar la Humanidad Santísima de Jesús, en el realismo de su encarnación, procurando transmitir su experiencia personal a cuantos le escu-

¹ Cfr. en particular las homilías *El triunfo de Cristo en la humildad* y *En la Epifanía del Señor*, publicadas respectivamente en *Es Cristo que pasa*, 12-21 y 31-38.

² Cfr. *Es Cristo que pasa*, 119; 117; *Amigos de Dios*, 50; 132; 179; 299; 303; *Camino*, 555; *Forja*, 547; 838.

chaban en meditaciones, homilias, discursos académicos o en conversaciones informales con un grupo más o menos amplio de personas o a solas, individualmente. El ámbito en el que nos moveremos, dada la limitada extensión concedida a las comunicaciones de nuestro Congreso, es el de los escritos del Beato más ampliamente conocidos por el público, traducidos a diversas lenguas y reproducidos en sucesivas ediciones. Se trata por tanto de un primer acercamiento o, si se prefiere, de un simple esbozo del pensamiento del Beato Josemaría sobre el tema en cuestión.

1. CRISTO, VERDADERO HOMBRE

Para el Beato Josemaría, el que Cristo hubiera sido y sea también ahora en su cuerpo glorioso verdadero Hombre — *Iesus Christus heri et hodie, Ipse et in saecula* (Hb 13,8), como le gustaba repetir³—, no era un simple enunciado de la teología dogmática, digno de ser estudiado en una sede universitaria. Era en primer lugar, y sobre todo, una expresión de fe; una confesión de fe viva que debía acompañar inseparablemente aquella otra proclamación de fe en Cristo como verdadero Dios y que exigía, por la misma naturaleza de la verdad enunciada, un acercamiento racional que tuviera en cuenta el contexto histórico preciso — lugar y tiempo determinados— en que dicha expresión de fe había cobrado existencia: «No es posible desconocer la sublimidad del misterio», exclamaba en una ocasión. «Ese Jesús que es hombre, que habla con el acento de una región determinada de Israel, que se parece a un artesano llamado José, ése es el Hijo de Dios. Y ¿quién puede enseñar algo a Dios? Pero es realmente hombre, y vive normalmente: primero como niño, luego como muchacho, que ayuda en el taller de José; finalmente como un hombre maduro, en la plenitud de su edad. *Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* (Lc 2,52)»⁴.

Ahondando en esta consideración, el Beato Josemaría procuraba acercarse lo más posible con los ojos de la fe y allegar a cuantos le escuchaban a la figura humana de Jesús. Era consciente de que la vida espiritual del cristiano en su caminar hacia Dios estaba llamada a descubrir el significado de los límites y de la poquedad de la propia existencia a la luz de la debilidad experimentada por la Humanidad de Cristo. Ilustra bien dicha actitud su comentario al texto de Mateo

³ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 104; *Amigos de Dios*, 127. En su obra más conocida, *Camino*, el Beato Josemaría escribe: «Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia. ¡Vive!: “Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula!” —dice San Pablo— ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!» (*Camino*, 584).

⁴ *Es Cristo que pasa*, 56.

que leemos en una de sus homilias (cfr. *Mt 21,18*). Jesús, volviendo de Betania, siente hambre, pero no encuentra fruto en la higuera. Las palabras del Fundador del Opus Dei se detienen con emoción en la indigencia de Jesús: «A mí me conmueve siempre Cristo, y particularmente cuando veo que es Hombre verdadero, perfecto, siendo también perfecto Dios, para enseñarnos a aprovechar hasta nuestra indigencia y nuestras naturales debilidades personales, con el fin de ofrecernos enteramente —tal como somos— al Padre, que acepta gustoso ese holocausto»⁵. Fue por eso viva su experiencia cuando visitó por primera vez la casa de Loreto, el 15 de agosto de 1951, en un peregrinaje hondamente penitencial: «Celebré allí la Misa. Quería decirla con recogimiento, pero no contaba con el fervor de la muchedumbre. No había calculado que, en ese gran día de fiesta, muchas personas de los contornos acudirían a Loreto, con la fe bendita de esta tierra y con el amor que tienen a la *Madonna* [...]. Atraía también mi atención el pensamiento de que en aquella Santa Casa —que la tradición asegura que es el lugar donde vivieron Jesús, María y José—, encima de la mesa del altar, han puesto estas palabras: *Hic Verbum caro factum est*. Aquí, en una casa construida por la mano de los hombres, en un pedazo de la tierra en que vivimos, habitó Dios. El Hijo de Dios se hizo carne y es *perfectus Deus, perfectus homo*⁶, perfecto Dios y perfecto hombre. En este misterio hay algo que debería remover a los cristianos. Estaba y estoy conmovido: me gustaría volver a Loreto. Me voy allí con el deseo, para revivir los años de la infancia de Jesús, al repetir y considerar ese *Hic Verbum caro factum est*»⁷.

Llevado por esta fe en la real Humanidad de Cristo, el Beato Josemaría gustaba señalar que Jesús, pudiendo todo, puesto que era Dios, no quiso romper en favor propio las leyes de la naturaleza a las que estaba sujeta su existencia humana, asumiéndolas plenamente. Nació como todos los hombres y creció en conformidad a las leyes de la vida, con una naturalidad sorprendente: «A lo largo de su vida no quiso para Él ninguna cosa especial, ningún privilegio. Comienza estando en el seno de su Madre nueve meses, como todo hombre, con una naturalidad extrema. De sobra sabía el Señor que la humanidad padecía una apremiante necesidad de Él. Tenía, por eso, hambre de venir a la tierra para salvar a todas las almas: y no precipita el tiempo. Vino a su hora, como llegan al mundo los demás hombres. Desde la concepción hasta el nacimiento, nadie —salvo San José y Santa Isabel— advierte esa maravilla: Dios que viene a habitar entre los hombres»⁸.

⁵ *Amigos de Dios*, 50.

⁶ *Símbolo Quicumque*.

⁷ *Es Cristo que pasa*, 12-13.

⁸ *Ibidem*, 18.

Ampliando su discurso, el Beato Josemaría señalaba además que Jesús, como todos los hombres, había sentido hambre y sed, padecido en su carne y sus afectos, en todas sus potencias, aceptando en pleno la condición de hombre. Significativo es el siguiente pasaje de sus homilías: «Relata San Juan que, después de una larga caminata, al llegar Jesús al pozo de Sicar, hace que sus discípulos vayan al pueblo a comprar comida; y viendo acercarse a la samaritana, le pide agua, porque El no tenía con qué obtenerla (cfr. *Jn* 14,4 ss). Su cuerpo fatigado por el largo caminar experimenta el cansancio, y otras veces, para reponer las fuerzas, acude al sueño (cfr. *Lc* 8,23). Generosidad del Señor que se ha humillado, que ha aceptado en pleno la condición humana, que no se sirve de su poder de Dios para huir de las dificultades o del esfuerzo. Que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento»⁹. La aceptación plena de la condición humana sometió por eso a Jesús —señalaba también don Josemaría—, a la real experiencia del dolor y de la muerte: «El dolor entra en los planes de Dios. Esa es la realidad, aunque nos cueste entenderla. También, como Hombre, le costó a Jesucristo soportarla: *Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya* (*Lc* 22,42). En esta tensión de suplicio y de aceptación de la voluntad del Padre, Jesús va a la muerte serenamente, perdonando a los que le crucifican»¹⁰.

No es extraño por todo esto que el Fundador del Opus Dei valorizase altamente el hecho de que Jesús, como su Madre Santísima, provenían de una tierra y de un pueblo determinados, con todo lo que esto significaba desde el punto de vista humano, cultural y religioso. Dos hechos tomados de sus conversaciones familiares en medio de miles de personas que le escuchaban expresan bien nuestra afirmación. El primero tuvo lugar en Caracas, Venezuela, el año 1975. Fue un diálogo con un profesional hebreo a cuya pregunta el Beato Josemaría se adelantó apenas le escuchó decir las primeras palabras: «Padre. Yo soy hebreo». Le respondió: «¡Hebreo! Yo amo mucho a los hebreos, porque amo mucho —con locura— a Jesucristo, que es hebreo. No digas era, sino es: *Jesus Christus heri et hodie, Ipse et in saecula*; Jesucristo sigue viviendo, y es hebreo como tú. Y el segundo amor de mi vida es una hebrea, María Santísima, madre de Jesucristo. De modo que te miro con cariño: sigue». El interlocutor concluyó satisfecho el diálogo diciendo: «Yo creo que la pregunta ya está respondida, Padre»¹¹.

La segunda anécdota, algo parecida, tuvo lugar en Santiago de Chile un año antes. Respondiendo a la pregunta de una joven hebrea que expresaba sus deseos

⁹ *Ibidem*, 61.

¹⁰ *Ibidem*, 168.

¹¹ S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, p. 263.

de convertirse al catolicismo pero era menor de edad y sus padres no se lo permitían, el Beato Josemaría le sugirió el siguiente consejo: «Mira, yo te voy a contar una cosa que te dará mucha alegría. Lo he aprendido de este hijo mío —el Padre señala a don Álvaro, que dice: yo lo he aprendido de usted—. El primer amor de mi vida es un hebreo: Jesús de Nazaret. ¡De tu raza! Y el segundo, María Santísima, virgen y madre; madre de ese hebreo, madre mía y madre tuya. y después te digo que seas muy buena con tus papás; que tengas paciencia, que reces; no muestres ningún gesto de insurrección. ¿Está claro? Y el Señor de Nazaret, Jesús hebreo, Jesús rey de todos los corazones y de todas las voluntades, moverá a tus papás a dejarte, tranquila y serena, seguir el camino que ya guardas escondido en el alma, esa vida *abscondita cum Christo in Deo*. ¡Quiere mucho a tus papás! Mientras tanto, ve aprendiendo la doctrina de Jesucristo, y reza. Reza, hija mía. Tu bautismo de deseo, ya lo tienes. Reza y jamás una palabra de crítica a tus papás. Eso está muy claro. Has de amarlos con toda el alma y mostrarlo con los hechos. Serás buena hija de Cristo, si eres buena hija de tus papás»¹².

2. A DIOS PADRE POR MEDIO DE LA HUMANIDAD SANTÍSIMA DE CRISTO

Si la fe del Beato Josemaría en la factualidad de la Humanidad de Cristo se expresaba en términos fuertes y perentorios era sobre todo, a nuestro entender, debido a su plena conciencia de que ese y no otro era el camino para llegar al Padre, según las palabras que encontramos en el evangelio de San Juan: «Yo soy el Camino, y la Verdad y la Vida. Nadie llega al Padre sino a través de mí» (Jn 14,6). Así afirmaba en una de sus homilías: «Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo»¹³. Ese había sido el camino trazado desde siempre por la Iglesia, puntualizaba el Fundador del Opus Dei, reflejado en la práctica tradicional del Santo Rosario: «Fijaos —escribía— la Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios: para que se grave en nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, el ejemplo pasmoso del Señor, en sus treinta años de oscuridad, en sus tres años de predicación, en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección»¹⁴. Y añadía: «Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de

¹² Apuntes tomados de una tertulia en el colegio Tabancura (Santiago de Chile), durante la catequesis realizada en América en el año 1974.

¹³ *Amigos de Dios*, 299.

¹⁴ *Ibidem*.

cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo¹⁵. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo»¹⁶.

Por eso el Beato Josemaría sentía un vivo dolor al ver cómo los enemigos de la fe habían procurado desdibujar la figura de Cristo, pues quitado Cristo se desvanece toda esperanza de salvación, como se expresaba en una de sus homilías: «No han faltado nunca los herejes —también en la época apostólica— que han intentado arrancar a los cristianos la esperanza. *Si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurrección de los muertos? Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe...*¹⁷. La divinidad de nuestro camino —Jesús, camino, verdad y vida¹⁸— es prenda segura de que acaba en la felicidad eterna, si de Él no nos apartamos»¹⁹. Y de un modo, digamos, más positivo, exclamaba que el cristiano debía llenarse de esperanza, sintiendo que para él nada era imposible, pues el camino hacia Dios se había hecho bien hacedero desde que Cristo había trazado la senda, muy divina y muy humana, que nos permitía llegar hasta el Padre: «No es presunción afirmar *possumus!* Jesucristo nos enseña este camino divino y nos pide que lo emprendamos, porque Él lo ha hecho humano y asequible a nuestra flaqueza. Por eso se ha abajado tanto. Este fue el motivo por el que se abatió, tomando forma de siervo aquel Señor que como Dios era igual al Padre; pero se abatió en la majestad y potencia, no en la bondad ni en la misericordia»²⁰. Jesús ha querido ser, por tanto, el camino para llegar al Padre, y un camino para todos: «Por eso, cuando un cristiano se mete por este camino del trato ininterrumpido con el Señor —y es un camino para todos, no una senda para privilegiados—, la vida interior crece, segura y firme; y se afianza en el hombre esa lucha, amable y exigente a la vez, por realizar hasta el fondo la voluntad de Dios»²¹.

Para realizar ese seguimiento de la Humanidad de Cristo que lleva hasta el Padre, el Beato Josemaría transmitía una experiencia personal que había hecho

¹⁵ Cfr. *Rom* 13,14.

¹⁶ *Amigos de Dios*, 299.

¹⁷ *1 Cor* 15,12-14.

¹⁸ Cfr. *Jn* 14, 6.

¹⁹ *Amigos de Dios*, 220.

²⁰ *Es Cristo que pasa*, 15.

²¹ *Ibidem*, 119.

vida de su vida: «En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos²². Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que Él nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos»²³. Advertía sin embargo, con la convicción de que en Cristo no se pueden separar su ser Hombre de su misión redentora realizada sobre el madero de la Cruz, «que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios». El consejo del Fundador del Opus Dei era entonces el de meterse en las llagas de Jesús²⁴, aceptadas por su inefable amor hacia nosotros: «Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Acudiremos como las palomas que, al decir de la Escritura²⁵, se cobijan en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad. Nos ocultamos en ese refugio, para hallar la intimidad de Cristo: y veremos que su modo de conversar es apacible y su rostro hermoso²⁶, porque *los que conocen que su voz es suave y grata, son los que recibieron la gracia del Evangelio, que les hace decir: Tú tienes palabras de vida eterna*²⁷»²⁸.

²² Cfr. *Fil* 3,20.

²³ *Amigos de Dios*, 300-301.

²⁴ El tema es recurrente en los escritos del Beato Josemaría. Cfr. *Camino*, 93; 288; *Forja* 5; 98; 755; 894; 934; *Via Crucis*, XII,2.3, etc.

²⁵ Cfr. *Cant* 2,14.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ S. GREGORIO NISENO, *In Canticum Canticorum homiliae*, 5 (PG 44, 879).

²⁸ *Amigos de Dios*, 302.

3. CONOCER, CONTEMPLAR, TRATAR, IMITAR, IDENTIFICARSE CON CRISTO

En las líneas anteriores hemos aludido a algunos conceptos presentes en el pensamiento del Beato Josemaría que constituyen, a nuestro entender, puntos claves de sus consideraciones sobre la Humanidad Santísima de Cristo. Sobre ellos nos parece necesario volver para precisar mejor el contenido de su enseñanza.

«Conocer a Cristo», «contemplantarlo», solía repetir. El deseo del Fundador del Opus Dei por conocer y por dar a conocer la vida terrena de Cristo se expresaba en un anhelo por grabar en la memoria y la imaginación todos y cada uno de los detalles de la vida de Jesús por nimios que pudieran parecer, contemplándolos amorosamente: «Me gusta volver con la imaginación a aquellos años en los que Jesús permaneció junto a su Madre, que abarcan casi toda la vida de Nuestro Señor en este mundo. Verle pequeño, cuando María lo cuida y lo besa y lo entretiene. Verle crecer, ante los ojos enamorados de su Madre y de José, su padre en la tierra. Con cuánta ternura y con cuánta delicadeza María y el Santo Patriarca se preocuparían de Jesús durante su infancia y, en silencio, aprenderían mucho y constantemente de Él. Sus almas se irían haciendo al alma de aquel Hijo, Hombre y Dios»²⁹. Y en otro lugar, a propósito del modo de considerar convenientemente los misterios del Rosario, insistía: «—Tú [...] ¿has contemplado alguna vez estos misterios? Hazte pequeño. Ven conmigo y —este es el nervio de mi confidencia— viviremos la vida de Jesús, María y José. Cada día les prestaremos un nuevo servicio. Oiremos sus pláticas de familia. Veremos crecer al Mesías. Admiraremos sus treinta años de oscuridad [...] Asistiremos a su Pasión y Muerte [...]. Nos pasmaremos ante la gloria de su Resurrección [...]. En una palabra: contemplaremos, locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos y cada uno de los instantes de Cristo Jesús»³⁰.

No es extraño por eso que el Beato Josemaría exhortara vivamente a la lectura asidua y meditada de los Evangelios: «Para aprender de Él, hay que tratar de conocer su vida: leer el Santo Evangelio, meditar aquellas escenas que el Nuevo Testamento nos relata, con el fin de penetrar en el sentido divino del andar terreno de Jesús»³¹. En particular recomendaba la lectura de los textos dedicados a narrar la Pasión del Señor: «Esos escritos, llenos de sincera piedad —decía— nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero, que

²⁹ *Amigos de Dios*, 281.

³⁰ *Santo Rosario*, Introducción.

³¹ *Es Cristo que pasa*, 14.

ama y que sufre en su carne por la Redención del mundo»³². Su exhortación se dirigía en este sentido a remover en las personas que le escuchaban el deseo de una contemplación que abarcase toda la vida de Cristo, en su conjunto y en sus momentos singulares. Eso era lo que él, en primer lugar, había procurado: «Me produce una honda alegría considerar que Cristo ha querido ser plenamente hombre, con carne como la nuestra. Me emociona contemplar la maravilla de un Dios que ama con corazón de hombre»³³.

Este anhelo lo manifestó sobre todo en los últimos años de su vida a través de una expresión que salía frecuentemente de sus labios de un modo espontáneo: *Vultuum tuum Domine requiram*. Un «rostro» —decía— que hay que mirar con fe y con pureza de corazón, pues «somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios»³⁴. Existe el peligro, en efecto, advertía el Fundador del Opus Dei, que los ojos manchados del alma falsifiquen la realidad e impidan ver al verdadero Jesús: «Ese Cristo, que tú ves, no es Jesús. —Será, en todo caso, la triste imagen que pueden formar tus ojos turbios [...] —Purifícate. Clarifica tu mirada con la humildad y la penitencia. Luego [...] no te faltarán las limpias luces del Amor. Y tendrás una visión perfecta. Tu imagen será realmente la suya: ¡Él!»³⁵.

Ciertamente, para don Josemaría, el «conocimiento contemplativo de Cristo» implicaba, como exigencia ineludible y según una lógica humana y sobrenatural, un «trato de intimidad» asiduo con Jesús, en la oración y en la Eucaristía³⁶: «La meta no es fácil: identificarnos con Cristo. Pero tampoco es difícil, si vivimos como el Señor nos ha enseñado: si acudimos diariamente a su Palabra, si empapamos nuestra vida con la realidad sacramental —la Eucaristía— que El nos ha dado por alimento, porque el camino del cristiano es *andador*, como recuerda una antigua canción de mi tierra»³⁷. En otro lugar añadía: «Hay que tratar a Cristo, en la Palabra y en el Pan, en la Eucaristía y en la Oración. Y tratarlo como se trata a un amigo, a un ser real y vivo como Cristo lo es, porque ha resucitado»³⁸. «Cristo nos ha marcado claramente el camino: por el Pan y por la Palabra, alimentándonos con la Eucaristía y conociendo y cumpliendo lo que vino a enseñarnos, a la vez que conversamos con El en la oración. *Quien come mi carne y*

³² *Amigos de Dios*, 299.

³³ *Es Cristo que pasa*, 107.

³⁴ *Amigos de Dios*, 127; 302; 311; *Es Cristo que pasa*, 105; 142; 179.

³⁵ *Camino*, 212.

³⁶ Cfr. en particular las homilias, *La Eucaristía, misterio de fe y de amor* y *En la fiesta del Corpus Christi*, respectivamente en *Es Cristo que pasa*, 83-94; 150-161.

³⁷ *Es Cristo que pasa*, 32; Cfr. *Forja*, 830, 834, 887.

³⁸ *Es Cristo que pasa*, 116.

*bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él*³⁹. *Quien conoce mis mandamientos y los cumple, ese es quien me ama. Y el que me ame será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él*⁴⁰»⁴¹.

Conocer a Cristo, meditar su vida en los Evangelios, tratarle en la oración y en la Eucaristía: por este camino avanzaba el Beato Josemaría, buscando ser no solo *alter Christus* sino *Ipsé Christus*, expresión que aparece con toda su originalidad en su enseñanza: «El cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo»⁴². Esta identificación con Cristo significaba para él, en primer término, en conformidad con toda su enseñanza, la expresa voluntad, ayudada por la gracia, de reproducir de un modo del todo personal los rasgos de la vida humano-divina de Jesús: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo»⁴³. «Necesitas —afirmaba en uno de sus escritos— imitar a Jesucristo, y darlo a conocer con tu conducta. No me olvides que Cristo asumió nuestra naturaleza, para introducir a todos los hombres en la vida divina, de modo que —uniéndonos a Él— vivamos individual y socialmente los mandatos del Cielo»⁴⁴. Por eso exhortaba a que se considerare cómo Cristo había vivido la propia existencia, con la intención de asimilar sus virtudes: «Es razonable que pensemos en nuestro modo de imitar al Maestro; que nos detengamos, que reflexionemos, para aprender directamente de la vida del Señor algunas virtudes que han de resplandecer en la conducta nuestra, si de veras aspiramos a extender el reinado de Cristo»⁴⁵.

La realidad histórica de Cristo, vivida como camino para el cristiano, significaba por tanto la plena identificación con Jesús, el Dios encarnado, recorriendo su vida en un itinerario humano-espiritual; andando por donde Él había andado: «Jesús es el camino. Él ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos, señales indelebles que ni el desgaste de los años ni la perfidia del

³⁹ *Jn* 6,57.

⁴⁰ *Jn* 14,21.

⁴¹ *Es Cristo que pasa*, 118.

⁴² *Ibidem*, 96; Cfr. nn. 11; 104; 107; 115; 121; 183; 185. Sobre este tema, cfr. el detenido estudio de A. ARANDA, *Il cristiano, «alter Christus, ipse Christus»*, en M. BELDA et al. (edd.), *Santità e mondo*, «Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá», ed. Vaticana, Città del Vaticano 1994, 101-150. El artículo ha sido publicado posteriormente, con algunos retoques, en la obra del mismo autor *El bullir de la sangre de Cristo. Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, 203-254.

⁴³ *Camino*, 2.

⁴⁴ *Forja*, 452.

⁴⁵ *Amigos de Dios*, 154.

enemigo han logrado borrar. *Iesus Christus heri, et hodie; ipse et in sæcula* (Hb 13,8) ¡Cuánto me gusta recordarlo!: Jesucristo, el mismo que fue ayer para los Apóstoles y las gentes que le buscaban, vive hoy para nosotros, y vivirá por los siglos»⁴⁶. En consecuencia, advertía don Josemaría, «hemos de persuadirnos de que para imitar a Cristo, para ser buenos discípulos suyos, es preciso que abracemos su consejo: *si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y me siga* (Mt 16,24). Por esto, me gusta pedir a Jesús, para mí: *Señor; ¡ningún día sin cruz!* Así, con la gracia divina, se reforzará nuestro carácter, y serviremos de apoyo a nuestro Dios, por encima de nuestras miserias personales»⁴⁷. En este encuentro con Jesús en la realidad de su Pasión, en la enseñanza del Beato Josemaría, es donde el cristiano experimenta de un modo único e inefable el hecho de llegar a ser hijo de Dios en su Hijo: «Jesús ora en el huerto: *Pater mi* (Mt 26,39), *Abba, Pater!* (Mc 14,36) [...]. Jesús sufre, por cumplir la Voluntad del Padre [...] Y yo, que quiero también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento? Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo. Y, entonces, como Él, podré gemir y llorar a solas en mi Getsemaní, pero, postrado en tierra, reconociendo mi nada, subirá hasta el Señor un grito salido de lo íntimo de mi alma: *Pater mi, Abba, Pater, [...] fiat!*»⁴⁸.

Por todo, esto señalaba el Fundador del Opus Dei que si los hombres, hasta inconscientemente, se mueven en un continuo afán de imitarse unos a otros, nosotros, los cristianos no podemos abandonar la invitación a imitar a Jesús: «Cada individuo se esfuerza, poco a poco, por identificarse con lo que le atrae, con el modelo que ha escogido para su propio talante. Según el ideal que cada uno se forja, así resulta su modo de proceder. Nuestro Maestro es Cristo: el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima. Imitando a Cristo, alcanzamos la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor, que es el misterio del Dios Uno y Trino»⁴⁹.

⁴⁶ *Amigos de Dios*, 127.

⁴⁷ *Ibidem*, 216.

⁴⁸ *Via Crucis*, I, 1.

⁴⁹ *Amigos de Dios*, 252.

CONSIDERACIONES FINALES

No hay duda, a mi entender, que el Beato Josemaría experimentó de un modo muy vivo el significado existencial de la verdad teológica profesada por la Iglesia desde los primeros siglos sobre la real y verdadera Humanidad de Cristo: Cristo es verdadero Dios y verdadero Hombre. Los intentos de negar esta realidad, tal vez más por las exigencias de orden moral presentes en dicha confesión de fe que por las reales dificultades teológicas que comporta, son bastante conocidos. Primero fueron los docetas, que consideraron la Humanidad de Jesús una mera apariencia, carente de consistencia objetiva; más tarde los monofisistas, que sostuvieron que en Cristo la naturaleza humana como tal había cesado de existir. Después del Concilio de Calcedonia, no faltaron quienes concibieron la Humanidad de Cristo como una especie de sujeto personal. Ante estos y otros errores la Iglesia ha confesado una y otra vez que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero Hombre. Él es el unigénito Hijo de Dios, hecho hombre, nuestro hermano, sin que por eso haya dejado de ser Dios. Esta fe ha sido expuesta más recientemente por el Magisterio de Juan Pablo II en dos notables documentos: la enc. *Redemptor hominis* del 4 de marzo del 1979 y la carta apost. *Novo millennio ineunte* del 6 de enero del 2001, textos situados a los extremos del arco de enseñanza magisterial del actual Pontífice, luces para el futuro avenir.

Lejos de cualquier forma de docetismo o de monofisismo, el Beato Josemaría gozó de una fe fuerte en el realismo de la encarnación. Tal vez lo que encontramos de más singular en su pensamiento es el modo en que llegó a «objetivar» la verdad de fe en la verdadera Humanidad de Cristo. Estaba en efecto firmemente convencido de que «Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos»⁵⁰. No!, exclamaba el Beato Josemaría, «Cristo vive»⁵¹. Y el cristiano, según su enseñanza, debe vivir junto a Cristo; más aún, actuando por Él, con Él y en Él: «*Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso*. Porque Cristo es el Camino, el Mediador: en Él, lo encontramos todo; fuera de Él, nuestra vida queda vacía. En Jesucristo, e ins-

⁵⁰ *Es Cristo que pasa*, 102.

⁵¹ Dicha expresión es muy frecuente en sus escritos. Tal vez uno de los textos más significativos sea el siguiente: «*Cristo vive*. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe. Jesús, que murió en la cruz, ha resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia. *No temáis*, con esta invocación saludó un ángel a las mujeres que iban al sepulcro; *no temáis. Vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fue crucificado: ya resucitó, no está aquí (Mc 16,6)*. *Haec est dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea; éste es el día que hizo el Señor, regocijémonos (Sal 117,24)*» (*Es Cristo que pasa*, 102).

truidos por Él, nos atrevemos a decir —*audemus dicere*— *Pater noster*, Padre nuestro. Nos atrevemos a llamar Padre al Señor de los cielos y de la tierra»⁵².

«¡Vive junto a Cristo! —escribía— debes ser, en el Evangelio, un personaje más, conviviendo con Pedro, con Juan, con Andrés..., porque Cristo también vive ahora: “*Iesus Christus, heri et hodie, ipse et in saecula!*” —¡Jesucristo vive!, hoy como ayer: es el mismo, por los siglos de los siglos»⁵³. Así se expresaba en otra ocasión: «No nos pertenecemos. Jesucristo nos ha comprado con su Pasión y con su Muerte. Somos vida suya. Ya sólo hay un único modo de vivir en la tierra: morir con Cristo para resucitar con El, hasta que podamos decir con el Apóstol: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Gal 2,20)»⁵⁴. Su exhortación era por tanto ésta: «No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí*»^{55,56}.

Queremos terminar estas líneas siguiendo el consejo del Fundador del Opus Dei cuando exclamaba que el camino a seguir para descubrir y amar la Humanidad Santísima de Cristo lo encontramos en el ejemplo de María y San José: «Con cuánta ternura y con cuánta delicadeza María y el Santo Patriarca se preocuparían de Jesús durante su infancia y, en silencio, aprenderían mucho y constantemente de El. Sus almas se irían haciendo al alma de aquel Hijo, Hombre y Dios. Por eso la Madre —y, después de Ella, José— conoce como nadie los sentimientos del Corazón de Cristo, y los dos son el camino mejor, afirmarí­a que el único, para llegar al Salvador»⁵⁷.

⁵² *Es Cristo que pasa*, 102.

⁵³ *Forja*, 8.

⁵⁴ *Via Crucis*, XIV,2.

⁵⁵ *Gal 2*, 20.

⁵⁶ *Es Cristo que pasa*, 58.

⁵⁷ *Amigos de Dios*, 281.